

Buenas noches y gracias a quienes, desde la Corporación Municipal han apoyado la propuesta de que yo sea el pregonero de las fiestas de mi pueblo. Es un gran orgullo para mí el ser icodense y un honor la función que hoy tengo de inaugurar las fiestas de septiembre. Mi discurso se titula:

UNA HISTORIA DE VIDA Y PERIODISMO SIN PERDER EL NORTE

Una soleada mañana de mayo de 1980, cuando tenía 9 años, doblé un folio en blanco por la mitad y creé un periódico. Lo llamé *Especial Día de Fiesta*. Tenía solo cuatro páginas y estaba hecho a mano. Se lo di a leer a mi madre Eulalia, a mi hermano Juan y a mi abuela Domitila. No les pareció mala idea, así que decidí hacer uno cada semana. Mi torpe letra era aún la de un niño aventurero que se adentra en un fantástico mundo inexplorado.

Aquello ocurrió en el barrio icodense de Buen Paso y en los 38 años siguientes no he dejado de escribir noticias con la misma ilusión que aquel primer día y con la sensación de ser siempre un aprendiz. No vivimos el suficiente tiempo para saberlo todo, la vida es un constante aprendizaje y, como dijo Sócrates, "sólo sé que no sé nada".

Con el paso de los años me he ido dando cuenta de cuán importante es el alimento cultural que uno recibe cuando es niño. Así que nacer y criarme en Icod de los Vinos, en este paisaje y con las personas y vivencias que voy a mencionar, imprimieron en mí, como se imprimen las letras del periódico en una rotativa, los valores éticos necesarios para no perder el norte.

Los personajes de mi vida tienen apellidos muy sencillos, gentes tan humildes que hasta en el nombre iban y van ligeras de equipaje, y nunca los encontrarán en los libros de la Historia con mayúsculas. Soy Pérez y Luis. Vengo de abuelos campesinos y emigrantes. Ser mago del

campo no es ningún demérito, pues solo desde el desconocimiento se puede pensar así. Yo estoy orgulloso de mis orígenes y de la profunda ética que recibí en la cultura rural.

Durante siglos, pero en especial a fines del XIX y hasta la primera mitad del XX, de este municipio salieron cientos de familias rumbo sobre todo a Cuba, primero, y luego a Venezuela, en busca de un mejor porvenir. Mi abuelo Manuel Pérez Socas en las primeras décadas del siglo pasado se fue a las Antillas, mi padre Manuel Pérez Pérez mediada la centuria tomó el camino de la Octava Isla.

Hace pocos años, medio siglo después de su regreso a Canarias, abrí una vieja maleta, de gastada madera, que mi padre dejó cerrada desde su retorno. Dentro encontré utensilios personales y prensa de la época. Y entonces lo supe: no era por su contenido material por lo que mi padre no la había querido abrir, sino porque al abrirla, como caja de pandora, brotaba la materia invisible de los recuerdos en ultramar. Aquel desgarró de la distancia y la magia.

Como nos cuenta el historiador Manuel Hernández González, fue la crisis de la cochinilla en Canarias y la abolición de la esclavitud en Cuba lo que llevó a la emigración "a un ingente porcentaje de la población canaria" entre 1880 y 1929. En Cuba los isleños, con un salario tres veces mayor que en Canarias, trabajaron, entre ellos mi abuelo Manuel, en la zafra del azúcar y del tabaco. Sólo el 8% de los emigrados viajaron con sus mujeres, pues su único objetivo era ahorrar el suficiente dinero para comprar un pequeño huerto y construir una casa en su regreso.

Fue lo que hizo mi abuelo Manuel. Él, guataqueando caña durante 15 años y pasando quién sabe cuántos sufrimientos, logró reunir 5.000 pesetas, con las que construyó la casa familiar, en Buen Paso. Allí vivió con mi abuela, allí tuvo a mi padre y allí yo me crié y viví. Aún hoy conservamos en mi familia, como un tesoro, los pasaportes, las cartas, y

los sencillos objetos de los viajes de mi abuelo a Cuba.

La emigración, como relata el historiador Manuel Hernández, se intensificó desde 1910 y especialmente entre 1915 y 1920 por las graves consecuencias de la I Guerra Mundial para el Archipiélago. "La prensa fue precisamente el mayor órgano de difusión de los ideales y anhelos de los isleños en América" con revistas como *Islas Canarias*, *Canarias*, *Las Afortunadas*, *Patria Isleña*, *Tierra Canaria* y *Cuba y Canarias*...Tras el *crack* de 1929, el gobierno cubano frenó la entrada de extranjeros en la Isla antillana.

Desde siglos anteriores, otros muchos icodenses habían tomado el rumbo a las Antillas. Así lo hizo Nicolás Estévez Borges, que da nombre a un instituto de enseñanza secundaria en Icod. Nacido en 1617 en esta ciudad, hijo de comerciantes, ordenado sacerdote viajó a Cuba, y en La Habana, donde fue deán de su catedral, falleció siendo obispo en 1663, tras una vida en que donó parte de su fortuna a parroquias cubanas y canarias y a obras de carácter social. Desde Cuba envió a Icod la cruz de filigrana de plata considerada la mayor del mundo en este metal, llegada a este municipio en 1667 y hoy una joya de valor universal que atesora el Museo de Arte Sacro icodense.

Mi padre siguió los pasos americanos de mi abuelo. Con 16 años, mi progenitor se embarcó rumbo a Venezuela, en un épico y aventurero viaje que le llevó primero a Cádiz, luego a París, después a Londres, pues el barco salía de Inglaterra, pasando por Azores antes de cruzar el Atlántico. Gobernaba entonces la república de Bolívar una junta militar presidida por Marcos Pérez Jiménez, que facilitó la emigración española. Entre 1951 y 1958 unos 60.000 españoles, la mayoría canarios, se fueron a Venezuela. Muchos de los icodenses se dedicaron allí a la producción y venta de fruta.

Entre esos miles de canarios estuvo también otro entrañable familiar mío, Benigno Pérez. Regresó de Venezuela hace 35 años. Allá

sintió la magua de su tierra natal, de sus ancestros. En su retorno a Icod decidió indagar en sus antepasados. Encontró Benigno en los archivos parroquiales el nombre de Francisca Pérez Socas, una campesina icodense nacida en 1834. Y se puso Benigno a buscar a su prole viva. En 1997 este taxista jubilado reunió a casi 500 descendientes de Francisca en el barrio icodense de El Amparo. Pero siguió buscando y buscando, y en 2016, con 87 años, convocó a 720 miembros de la gran familia Pérez a otra reunión. Ambos encuentros dieron la vuelta a España e incluso de ellos se hicieron eco informativos internacionales. Yo soy uno de esos descendientes de Francisca. Yo soy uno de esos Pérez.

Mi padre Manuel vivió toques de queda y revueltas callejeras en Caracas, que le obligaron a huir a veces a los cerros, donde los ranchitos, durante la dictadura de Pérez Jiménez. En la capital venezolana trabajó en un bar, y por la nostalgia de su familia y de su tierra natal, regresó a Canarias en los años 50, sin riqueza, pero cargado de cultura, con una pesada enciclopedia de cinco tomos en la desgastada maleta de madera. En la casa que mi abuelo había construido con el dinero ganado en Cuba, mi padre montó con mi madre una venta, y, más tarde, un guachinche donde vendía el vino de la viña que él mismo cultivaba y de los campos de su entorno. El vino, siempre el vino, en la historia de este pueblo. Hasta Shakespeare citaría en sus obras el sabroso caldo que se producía en estas comarcas.

Durante cuarenta años aquel guachinche, en el que yo mismo trabajé, fue parada obligada de muchos icodenses, y su fama trascendió las fronteras de Icod. Así que aún hoy a mí se me conoce más como el hijo de Manolín el del guachinche de la carretera de La Guancha que como el periodista que escribe en Diario de Avisos. Tal fue el buen hacer de mi progenitor, cuya positiva filosofía de la vida práctico: honradez en el obrar, tolerancia en las costumbres, defensa de la cultura como un modo de ser más libres y progresar, y el diálogo como manera de solucionar los conflictos. Lo nombro a mi padre porque, aunque aún

vive, con 87 años, ya no recuerda las cosas, y yo, como guardián de su memoria, se las recuerdo con cariño cada vez que lo veo.

De mi madre heredé el sentido poético y sentimental de la vida y una honda cultura del esfuerzo. Ella escribe romances con perfecta métrica octosílaba sin que nadie le enseñara nunca a medir versos ni a componer metáforas. Tiene ese don, que a mí me ayudó a ver la vida con más sensibilidad y afán de belleza con el lenguaje.

El lenguaje es una asombrosa creación de la humanidad, con la que expresamos las decisiones más importantes de nuestras vidas, un sí o un no, un te quiero o un te odio, un hola o un adiós. Con él nombramos y tratamos de comprender el mundo que nos rodea. Ha sido una herramienta fundamental en mi vida. Como el carpintero al formón, el campesino a la azada, el pescador a la caña, el maestro al libro... yo necesito las palabras e intento siempre dotarlas de un poco de belleza.

En mi infancia y adolescencia tuve la suerte de que mi hermano Juan estudió Filología en la entonces lejana Universidad de La Laguna. En aquella biblioteca de la casa natal, bajo el techo de piedra, cal y barro y astillas de tea pagados con el esfuerzo de mi abuelo en las Antillas, descubrí la otra literatura, la de los escritores clásicos y doctos.

Fue así como un buen día de mi adolescencia leí a Emeterio Gutiérrez Albelo, el poeta icodense de vanguardia, que formó parte, en la década de los años 30 del pasado siglo, de una irrepetible generación de surrealistas en Tenerife, junto a Pedro García Cabrera, Domingo Pérez Minik, Agustín Espinosa y Domingo López Torres, y el crítico literario Eduardo Westerdahl.

En efecto, Gutiérrez Albelo es uno de nuestros poetas más insignes. De profesión maestro, se dejó empapar por la vanguardia europea, una nueva estética que no era posible sin libertad. Escribió así una de las obras cumbres de la poesía surrealista canaria y española: 'El enigma del invitado'. Era 1936. Pero, como otros escritores canarios de

vanguardia, que creían en el arte universal más allá de las fronteras insulares y en el poder creativo de la palabra, nuestro poeta vio cómo llegaban los tiempos de libertad cercenada. A partir de ese año, unos murieron en la Guerra Civil, otros fueron asesinados, otros encarcelados y él, Gutiérrez Albelo, fue condenado durante casi un año a percibir solo medio sueldo de maestro.

Vino luego una etapa en su obra en la que dio un vuelco, regresó al clasicismo y a los sonetos religiosos, como el famoso al Cristo de Tacoronte. Nunca sabremos por qué esa conversión temática, pero no es difícil imaginarlo, pues no era el temor de Dios sino el de los hombres. Sea como fuere, en una y otra etapa, fue capaz de esculpir con palabras brillantes, dignísimos poemas que han quedado en la historia de la poesía canaria.

Tiempo después me daría cuenta de cuán acertadas las palabras que Cervantes puso en boca de Don Quijote, aquel flaco hidalgo castellano que recorría España desfaciendo entuertos junto a su fiel escudero: "La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida".

Cuando yo empecé a crearme periodista, a los nueve años (recuerden, fundé mi periódico en 1980) España apenas empezaba a disfrutar de libertades democráticas. Hacía apenas cinco años de la muerte de Franco, y menos de tres de las primeras elecciones democráticas de la Transición, en 1977. Y había sido en diciembre de 1978 cuando los españoles habían ratificado la Constitución, que nos incardinaba en la tradición democrática de Occidente, con un régimen de derechos y deberes, de libertades y un sistema de autonomías.

Si contar la verdad de interés general para garantizar una opinión pública bien informada es el supremo deber de todo periodista, tal misión

solo es posible cuando se puede ejercer en un marco de libertad. Por eso, y pese a las imperfecciones de nuestra democracia y de los medios de comunicación en Canarias, me siento feliz de haber podido vivir y hacer (o intentar hacer) periodismo en esta etapa de la historia de España.

Sin democracia, con cuyos nobles valores me identifico, no es posible el periodismo. Pero también es cierto que, incluso en democracia, he sufrido en algunos momentos de mi carrera profesional la censura y no he podido contar toda la verdad. Lo mismo les ha ocurrido a otros colegas míos. A bastantes. Me confieso periodista de investigación, y créanme que siempre que he podido, lo cual quiere decir en mi caso siempre que me han dejado, he investigado y publicado la verdad, la a veces arriesgada verdad, y he tratado de contribuir a mejorar nuestra democracia, aunque sea una aportación muy pequeña, en mi isla, informando con rigor y honestidad de los asuntos que ayudan a la sociedad a hacerse una opinión informada sobre lo que pasa. Afortunadamente, también he trabajado con directores y empresarios que han sido conscientes de la valiosa función social del periodismo y del periodista.

Pero para llegar a dedicarme enteramente a este oficio tuve que dar muchos tumbos. Y no quiero olvidarme de personas, para mi personajes, que marcaron mi vida y me ayudaron a ser lo que soy: un humilde escritor de noticias.

En la escuela pública tuve la suerte de contar en Icod con maestros que supieron orientarme, darme una palmada de apoyo o un providencial toque de atención a tiempo para no desviarme del camino. Para no perder el norte. Fueron mujeres todas esas maestras importantes de mi vida, y las llamaré por su nombre (no recuerdo de casi ninguna sus apellidos), con tal cariño que hoy no les pongo ya el doña: en párvulos, Velita; en enseñanza primaria, Laura, la gallega Aurora Vidal Caramés -una Rosalía de Castro en la tierra canaria-; y Josefina; y ya en Bachillerato, Marina. Todas ellas superion ver que lo mío era escribir y que así me

podría ganar la vida.

A todas ellas, a mis maestras, y a tantos otros maestros cuya lista sería imposible de mencionar, les daría hoy un aplauso si estuvieran aquí presentes. Entre los oficios más nobles que existen está el de los maestros, porque ellos pueden sembrar en los niños y adolescentes semillas, en forma de consejos y de conocimientos, que les ayudarán a ser buenas personas y lidiar con los gigantes y molinos de la vida.

Mientras transcurría mi infancia, continué jugando a ser periodista. Aquel periódico manuscrito que yo hacía cada semana y distribuía entre amigos y familiares se llamó luego CANARIAS, PASO A PASO, cuando yo tenía diez años, y ya a máquina y con fotocopias, EL PUEBLO, cuando tenía once años.

Emulé, sin saberlo, con misteriosa osadía infantil, aquellos periódicos que habían existido en el pasado de mi tierra y de mi pueblo.

Yo no sabía, pero lo supe luego, que el primer periódico, manuscrito como el mío, que había existido en Tenerife, lo había elaborado en 1758 el clérigo ilustrado José de Viera y Clavijo, con el título de *Papel Hebdomadario*, donde se plasmaban las inquietudes sobre la historia, la física y la literatura que se debatían en las tertulias laguneras organizadas en la casona del marqués de Villanueva del Prado, Alonso de Nava y Grimón. Viera y Clavijo, el sabio clérigo realejero, daría vida también al último periódico manuscrito del siglo XVIII en Canarias, *Gaceta de Daute*, en la vecina Isla Baja, adonde se trasladó la tertulia de Nava durante el verano de 1765; en aquel periódico arremetía contra la sociedad de la época en un tono irónico y burlesco.

Siete años más tarde, en 1772, Viera y Clavijo, tan ilustrado él que nos ilustró a todos los del futuro, escribió esta visión de Icod: "Es una bella población plantada en una especie de valle delicioso que sube desde el mar hasta la falda del mismo Teide, que le envía un ambiente fresco y saludable. Casi todo el terreno está plantado de viñas y emparrados de

malvasía, su principal fruto. Cógese mucha seda, y hay algunos telares de tafetanes, pañuelos, cintas, etc. El piso es algo desacomodado, porque gran parte del lugar está en pendiente. Las aguas son excelentes y en abundancia. Los naturales, inclinados a la navegación y comercio de las Indias. El lugar es rico. La iglesia parroquial, de 3 naves, es buena y está bien adornada. Hay un convento de recoletos de San Francisco, otro de San Agustín, y otro de monjas de San Bernardo, todos de bastante comunidad. Hay un hospital y diez ermitas. La feligresía es de 4.468 personas. Tiene Icod en la costa del mar una caleta llamada de San Marcos, a donde llegan algunos barcos pequeños a cargar de vinos".

El 15 de agosto de 1896 nacía el semanario *La Voz de Icod*. Aquel periódico lo promovieron Emeterio Gutiérrez López (el padre de nuestro poeta), Ramón Fernández, Heliodoro Hernández y Diego Fajardo. En sus páginas, como cuenta quien fue mi profesor en Periodismo Julio Yanes en su libro *Historia del Periodismo Tinerfeño*, había un cierto regusto conservador (estábamos en los tiempos de la restauración borbónica), sin embargo justificó su nacimiento en la comarca para bregar por el progreso de los municipios desde Icod a Guía de Isora. Abogaba por la unión de sus habitantes, y exhibía independencia de partidos políticos y tinerfeñismo. Pero desde 1897 se decantó por los partidos conservadores, con la cabecera de *La Voz Icodense*, y ya en manos del impresor Federico Hernández, arremetió contra los liberales.

Corría el año 1919 cuando apareció en Icod el semanario *La Comarca*, editado en la imprenta del pueblo bajo la dirección del que fuera secretario del Ayuntamiento icodense, Emeterio Gutiérrez López. *La Comarca* proclamaba que quería contribuir al desarrollo de Icod y de los pueblos que desde La Guancha a Guía de Isora componían el partido judicial. Todos los intelectuales del norte de Tenerife colaboraron de forma asidua en sus páginas, entre ellos el aún joven poeta Gutiérrez Albelo. Desvinculado de la política de partido, *La Comarca* logró mucho apoyo social porque centró su línea editorial en reivindicaciones

compartidas por los vecinos de esta parte de la Isla. Se dejó de publicar en 1923, tras 239 números.

No sé dónde terminó y donde empezó aquel juego infantil, pero a mis 13 años uno de los periódicos que yo hacía llegó a las manos de un maestro guanchero que daba clase en el colegio público del icodense barrio de La Mancha, Salvador Pérez. Un hombre bueno siempre con un buen libro en la mano, que además cree en el poder transformador de la cultura. Salvador simultaneaba la docencia con la corresponsalía del periódico EL DIA en el Norte de Tenerife. Me mandó a llamar y me ofreció publicar en un periódico de los de verdad. Fue así como en mi adolescencia comencé a publicar noticias, entrevistas y reportajes en EL DIA. El juego infantil había pasado a ser realidad sin que yo dejara ser aún de ser un niño. Pero yo quería ser periodista titulado, y combiné mis estudios y el trabajo en el guachinche familiar con las colaboraciones habituales en este periódico.

Salvador (que es también Pérez y mi padre periodístico) me enseñó las reglas básicas del oficio: contar la verdad y nada más que la verdad, contarla para mejorar las condiciones de vida y enriquecer la cultura de nuestra sociedad, y hacerlo de forma amena y con amor por el lenguaje. Me dio un consejo del gran poeta portugués Fernando Pessoa. "Pon todo lo que eres en lo mínimo que hagas". Y otro consejo que me ha ayudado tanto: "Los grandes personajes, de cerca, son siempre menos personajes y más personas". Su hijo, Carlos Salvador Pérez Estévez, amigo mío y fallecido a la temprana edad de 27 años, escribió, como leo en su libro *Retrato de un viejo prematuro*: "Un buen pensador esencialmente es un gran desconfiado, pero todo se empieza a descoyuntar cuando del ejercicio de la duda hacemos una sobredosis, un abuso sucio". Y es cierto: hay cosas esenciales en la vida de las que no dudamos. Yo estaré siempre en deuda con Salvador, y con su mujer, Aurora, también maestra. Su indudable impulso, como esa energía inicial del Big Bang del Universo, me moverá hasta el final de mis días.

En 1986, el día en que yo cumplía 15 años, un 19 de julio, tuve el mejor regalo posible: entrevistar a uno de esos personajes que dejan una profunda huella de buenas personas. Hablo de César Manrique, el artista de Lanzarote que defendió la naturaleza y la arquitectura tradicional canarias, convencido además de que su atractivo traería a las islas a los turistas que nos permitirían salir del subdesarrollo.

César estuvo tres días en La Guancha, invitado por su entonces alcalde José Grillo para inaugurar una campaña municipal de pintado y enfoscado de fachadas. La última jornada de su visita, el artista conejero almorzó en un restaurante de Buen Paso, en Icod. Yo le acompañé aquellos tres días y fui uno de los comensales de aquella mesa. Antes de marchar, tuvo la gentileza de sentarse conmigo para hacerle una entrevista que duró más de una hora. Caminamos un poco y sobre un montón de escombros de la construcción y de basura, hablamos. Allí César me dijo frases que aún remueven mi conciencia y que yo publicaría días después en una entrevista aparecida en el periódico EL DÍA.

Hoy, 31 años después de aquella conversación, quisiera evocar algunas reflexiones lapidarias de César Manrique, fallecido en accidente de tráfico seis años después. Sus restos reposan en el cementerio de Haría, en la más humilde sepultura que se pueda imaginar, pues su tumba la delimitan en la negra arena volcánica apenas unas sencillas piedras con una palmera y un cactus plantados para que los alimentara su cuerpo.

Y dijo César Manrique en aquella entrevista que yo le hice en suelo icodense: "Los canarios no sabemos que vivir donde vivimos es un lujo; podríamos ser el paraíso de Europa pero no hemos sabido verlo, sino que lo único que interesa es la mayor rentabilidad al más corto plazo y destruyendo el futuro". "Los canarios no tienen conciencia de la destrucción que puede ocurrir en el futuro. Para eso es necesario que los organismos oficiales y los medios de comunicación se preocupen de la cultura y la educación cívica del pueblo, porque hoy la gente no tiene ni

idea de lo que es la suciedad, por falta de educación". "Mi vida no es la de quienes se dedican a juntar dinero, sino una lucha constante por salvar lo que pueda de la naturaleza y la cultura canaria". Palabra de César.

Amaba el arquitecto, pintor y escultor lanzaroteño la arquitectura popular canaria, tan maltratada. Denunciaba el genial artista conejero la destrucción de nuestros paisajes y de nuestras construcciones históricas. Y hoy también yo lo denuncio.

El patrimonio histórico es en todo el mundo una fuente de creación de empleo y riqueza, porque, además de ser nuestras señas de identidad en el crisol de los pueblos de la Tierra, los visitantes vienen a verlo y se dejan su dinero disfrutando de él. El mayor error que hemos cometido los canarios, viviendo, como vivimos, del turismo, es maltratar nuestro paisaje, despreciar nuestras hermosas casas de arquitectura tradicional, ya sea campesina o señorial, olvidarnos de cualquier rasgo de ese estilo canario en casi todas las nuevas construcciones, y también derribar o no cuidar adecuadamente nuestros cascos históricos.

Afortunadamente en Icod hemos podido salvar, no sin pérdidas irreparables y actuaciones desafortunadas, parte de nuestra historia arquitectónica. Pero veo aún muchas casas antiguas que merecen ser restauradas.

En Santa Cruz de Tenerife, donde vivo, presido una asociación que persigue este objetivo. Allí se ha destruido una buena parte de los barrios más añejos, como El Toscal o el antiguo Santa Cruz, donde todavía hoy en día por especulación inmobiliaria, desconocimiento social de nuestra historia y falta de voluntad política cientos de inmuebles patrimonio del pueblo canario carecen de protección, algunos ya condenadas al derribo.

Desde la entrañable casa de mis padres, que pronto cumplirá un siglo, divisaba de niño la amplia balconada de una casona señorial con un drago maravilloso y un ciprés de ramas tristes. Cerca de donde yo vivía existía una finca que se llamaba La Vizcondesa. Años más tarde

llegó a mis manos un librito con el testamento de Cristóbal del Hoyo, marqués de San Andrés y vizconde de Buen Paso, que vivió entre los siglos XVII y XVIII. Fue así como supe que aquella hacienda estuvo vinculada a aquel revoltoso e irreverente ilustrado, viajero por toda Europa. Tuvo el marqués pleitos con la Inquisición, y fue tres veces encarcelado, por su libertina vida y sus críticas a la Iglesia, a la que llegó a reprochar la contradicción entre su ostentación de riquezas con la doctrina de Jesucristo, que predicó lo contrario: la vida sin lujos y la caridad, muy próxima para mí al concepto de justicia social. Lo dijo Cristóbal del Hoyo y lo digo yo, que fui monaguillo en Buen Paso durante años en mi infancia.

Aquella hermosa casona del Vizconde en Buen Paso y su entorno fueron totalmente alterados, en uno de los incontables atentados contra el patrimonio histórico isleño. Había nacido Cristóbal del Hoyo en La Palma en 1677 y recibió sepultura en La Laguna en 1762. En 1716, a la vuelta de uno de sus viajes, se establece en Icod, y construye una casona en Las Cañas. Defendía el vizconde la libertad de pensamiento. Yo también.

Hablaba yo del patrimonio histórico. Animo desde aquí al Ayuntamiento de Icod, y también a sus ciudadanos, a no ceder a intereses especulativos ni a la insensibilidad, sino a aplicar medidas que incentiven la rehabilitación y conservación de las casas históricas, incluidas las más humildes de estilo campesino. Animo a no destruir nuestros majanos o pirámides, como vi destruir una en La Mancha para construir la variante de la carretera general. Y animo a que se enfosquen y pinten y cubran de piedras muros de bloque pelado que afean el paisaje. Porque humano es equivocarse como sociedad una vez, pero un defecto injustificable repetir los errores urbanísticos del pasado con la autoconstrucción dispersa y la falta de servicios urbanos esenciales, como el del alcantarillado que ya tenían los romanos antes de Cristo, y la depuración de aguas, tan de actualidad.

Y hablo también del patrimonio natural: nuestro monte, nuestros dragos centenarios, nuestras cuevas. Recuerdo a César Manrique contemplando, desde los montes de La Guancha, todo el pinar del valle de Icod, que es la mayor extensión forestal de Canarias, a los pies del Teide. El paisaje de mi vida está regido por esa montaña, tan amada como temida. Un coloso que desde que tenemos uso de razón nos sobrecoge y nos asombra cada día.

Como nos han contado vulcanólogos como Juan Carlos Carracedo, o geógrafos como Eustaquio Villalba, hace 200.000 años este gran volcán no existía, sino una gran cúpula central que elevaba la isla de Tenerife a más de 5.000 metros de altura (hoy tiene 3.718). Fue entonces cuando esa parte de la isla se desplomó hacia el norte, dejando como resto de aquel brutal cataclismo el borde de montañas del sur de Las Cañadas y una depresión que era el doble de extensa y más profunda que la caldera de Taburiente. Ese abismal hueco era entonces Icod. Pero se fue rellenando con las erupciones que en los últimos 200.000 años han ido formando el estratovolcán del Teide. Nuestro gigante de la cumbre hace 30.000 años ya alcanzaba 3.500 metros de altura y había formado, con sus ríos de lava hasta el mar, casi todo el paisaje que hoy contemplamos en la comarca de Icod.

En ese patrimonio natural y humano también está el legado expoliado y descuidado de los guanches, todavía unos grandes desconocidos para los canarios actuales, pues nunca se fomentó el conocimiento de su cultura, tal vez por la creencia de que conocer el periodo de la conquista castellana podía provocar en la población sentimientos indigenistas que derivaran en un nacionalismo canario. Pero yo no hablo de política, hablo de la necesidad de conocer nuestro pasado, del que forman parte los aborígenes tanto como los castellanos, los portugueses... Somos un crisol de culturas. Como constataron los arqueólogos Alfredo Mederos y Gabriel Escribano en su libro "Los Aborígenes y la Prehistoria de Canarias", en nuestro pueblo, Icod, se en-

cuentran los restos de asentamientos guanches más antiguos del Archipiélago. Así, en la cueva de Los Guanches se han datado restos del siglo X antes de Cristo (año 910) y la cueva de Las Palomas, del siglo IV antes de Cristo (340 dc).

Dicen que detrás de cada periodista hay un escritor frustrado. Yo no me siento frustrado, porque siempre tuve claro que periodismo y literatura se tocaban pero no eran lo mismo. En la literatura se permite la ficción, inventar historias, en el periodismo no. Aunque ambos comparten la herramienta del lenguaje.

No habíamos cumplido aún 20 años cuando seis jóvenes apasionados por la escritura nos reuníamos como heterogéneo grupo cultural al que a mí me dio por llamar "la generación de los alisios", por aquello del viento que marca nuestro clima uniendo tres continentes.

En 1991 el Instituto de Bachillerato Lucas Martín Espino, donde habíamos coincidido como estudiantes, nos publicó un libreto con cuentos y poemas, que llevaba por título *El Dragomófono*. Aquellos jóvenes autores se llamaban, y se llaman aún, Víctor Ruiz (hoy matemático), Francisco Bernardino Martín León (filólogo), Lorenzo Enrique Gorrín Lorenzo (licenciado en Bellas Artes), Pastor Díaz (abogado), Gilberto Meneses y quien les habla. De todos ellos guardo un gratísimo recuerdo, la vida nos ha encaminado por senderos diversos, y alguno ha seguido muy vinculado a la producción literaria de altos vuelos.

Yo estudié en el colegio Baldomero Bethencourt Francés y en el instituto Lucas Martín Espino. Precisamente Pastor Díaz, mi amigo de aquel grupo cultural juvenil, glosa a estos personajes en su libro titulado "Icod durante la II República y la Guerra Civil" .Y afirma que la instauración de II República en 1931 y el acceso a la alcaldía de Lucas Martín Espino, "un hombre amante de la cultura y el progreso, contribuyó a mejorar la lamentable situación de la educación en Icod;

eran pocos los niños que iban a las escuelas primarias después de los diez años, pues los ponían a trabajar para ayudar al sustento de su familia. Tiempos de pobreza. Hoy me duele que haya jóvenes que dejen los estudios por la crisis económica.

En 1932 se creó en Icod un colegio de segunda enseñanza, adscrito al Instituto de La Laguna, ubicado en el exconvento de San Francisco, y sus primeros directores fueron precisamente Baldomero Bethencourt Francés -quien dio nombre a mi escuela- y Francisco Salas Martínez, y en él impartió clase el propio alcalde de entonces, Lucas Martín Espino -que dio nombre a mi instituto-. Centenares de icodenses pudieron estudiar en este colegio por primera vez ahorrándose los largos y costosos desplazamientos y estancias en La Laguna.

Informar también es formar, también es educar. Creo en la función social del periodista, y por eso quien merezca llamarse así debe ser independiente de partidos políticos, pues solo se debe a una, por así decir, ideología: la de la verdad que ayuda a mejorar nuestra sociedad. Con esa misión, para mi sagrada, he publicado numerosas noticias de casos de corrupción política y empresarial en Tenerife, y confieso que no siempre he podido ejercer este oficio como me hubiera gustado.

Cuando me he complicado la vida como periodista, lo he hecho con mucho gusto, consciente de que por cada gobernante y empresario corruptos hay otros gobernantes y empresarios honrados que quieren una democracia y una economía limpias donde todos podamos ganarnos la vida digna y honradamente. No ha sido fácil, pero tampoco es fácil para el campesino labrar el campo, al albañil construir una casa o al pescador pescar el pescado. Cada cual simplemente hace su trabajo lo mejor que puede o lo mejor que cree. Y en mi caso, además, con la impagable comprensión de mi esposa; bueno, solo pagable con amor y tiempo.

Mucho ha cambiado la tecnología de mi profesión desde que la empecé a ejercer: ha surgido Internet y las redes sociales. Los periódicos

en papel están en crisis y buscan su futuro en lo digital. Y yo también creo, como Pedro J. Ramírez, que el futuro es digital. Está cambiando el soporte de las noticias, del papel a la pantalla de un ordenador o un teléfono móvil, pero no cambia ni cambiará lo esencial del periodismo: contar la verdad, y nada más que la verdad, de interés general, y hacerlo de forma amena y con amor por el lenguaje.

Creo además en que la historia es un progreso y no debemos desandar los pasos andados. Solo quiero mirar atrás para aprender de errores y comprobar que no nos persiguen fantasmas del pasado, para que podamos seguir haciendo la historia. No quiero defender otra cosa que no sea la paz y la democracia, el marco más adecuado que ha logrado la humanidad para que todos los ciudadanos puedan tener una vida digna y conseguir la legítima aspiración humana de la felicidad.

Y a este noble propósito el periodista, si realmente es periodista, y los medios de comunicación, si realmente cumplen con su deber ético, pueden contribuir como los que más. Para mí la única línea editorial que vale la pena es la verdad que contribuye a mejorar la sociedad en que vivimos. Jesús de Nazaret, al que están dedicadas estas fiestas, ya proclamaba que "la Verdad nos hará libres".

Eso vale para el mundo entero y también para este pueblo, Icod de los Vinos, donde tuve la inmensa dicha de nacer y criarme. Ahora que voy para el medio siglo, nadie me va quitar este patrimonio de la ética que me legaron mis abuelos, mis padres y mis maestros. Y lo digo sabiendo que, como suele insinuar con sorna un amigo de Facebook cuando hablo de ser honrado, los periodistas tenemos la mala suerte de necesitar comer tres veces al día.

VICENTE PÉREZ LUIS

Leído el día 14 de septiembre de 2017 en las fiestas principales de Icod de los Vinos (Tenerife)

